APRENDER A BUSCAR LA VERDAD INTERSUBJETIVA Y DIALÓGICA

Congreso RAZONES Y HUMANISMO

2024- Madrid

Luis María Cifuentes Pérez- SEPFI

Durante muchos siglos la educación ha sido ante todo una instrucción en conocimientos y habilidades cuya meta era la inserción en el mundo laboral de los niños y jóvenes. A partir del siglo XIX la finalidad de las Universidades es ante todo un ámbito de preparación para el desarrollo profesional del estudiante; su misión es dotar al alumnado de un título universitario para obtener un puesto de trabajo acorde con una determinada titulación en medicina, ingeniería, arquitectura, abogacía etc. El desarrollo del capitalismo en el XIX obligó a los Estados europeos a concebir la Universidad como el gran espacio de instrucción de una mano de obra cualificada que debería aportar sus conocimientos al desarrollo industrial de cada país. Y en el ámbito de la Educación Primaria y Secundaria se tenía que iniciar la adquisición de conocimientos preuniversitarios que posteriormente se completarían en la etapa universitaria. Sin embargo, en el siglo XX y en los inicios del XXI, esa visión de la educación ha cambiado sustancialmente y las etapas de Primaria y Secundaria no son en absoluto unas simples propedéuticas para la Universidad, sino que tienen sus propias finalidades y características.

En ese sentido la educación de niños y adolescentes ha dejado de ser preuniversitaria para pasar a ser un tipo de educación obligatoria hasta los 16 o 18 años y se ha abierto un nuevo enfoque con la Formación Profesional que prepara a los adolescentes para el desempeño de un trabajo en la sociedad en todos los sectores donde se necesita una mano de obra con conocimientos técnicos especializados. Y es en ese ámbito del ciclo educativo de Primaria y Secundaria es donde se pone de relieve la importancia de saber educar en las emociones y en los afectos porque en la infancia y en la adolescencia se va conformando la personalidad del niño y de la niña mediante una educación integral que aporte equilibrio y madurez a su desarrollo psicosocial.

1.- La racionalidad como educación insuficiente

Durante muchos siglos la instrucción de los niños y niñas en toda Europa estuvo en manos de las familias y de los tutores que los padres contrataban para ayudarles en la trasmisión de los conocimientos. Además solamente los varones eran los destinatarios de la instrucción en el seno de las familias pertenecientes a la nobleza y al clero. No se puede olvidar que las primeras universidades europeas nacieron por impulso de los reyes y fueron encargadas a la Iglesia católica; ese fue el caso de las Universidades de Salamanca, París, Oxford y Bolonia en la Edad Media. Por eso, entre otras causas, las mujeres no pudieron acceder a los estudios universitarios hasta el siglo XIX y en España es de sobra conocido el caso de Concepción Arenal que tuvo que vestirse de varón para poder estudiar en la universidad de Madrid.

El racionalismo del siglo XVII y XVIII pensó en un tipo de educación basado en conocimientos, en saberes y ese tipo de instrucción estaba diseñado para formar únicamente a niños y jóvenes varones que iban a desempeñar puestos de trabajo en una sociedad cada vez más industrializada y más dirigida por los avances científicos. La educación de los afectos y de las emociones estaba controlada en aquellos siglos por una moral cristiana, católica o luterana, que reprimía severamente todo lo que se extraviaba de sus pautas morales rígidas y opresoras. Ya en el siglo XVIII hubo autores como J.J.Rousseau (1762) que plantearon en alguna obra como “Emilio o De la educación” un nuevo enfoque de la educación de los niños. Y eso en la época de la Ilustración, en el Siglo de las Luces, cuando la burguesía está iniciando el lento tránsito de una sociedad feudal a una nueva sociedad basada en la racionalidad científica y técnica.

Es evidente que la razón ilustrada supuso un avance muy importante en la implantación de un sistema educativo racionalista que se pusiese al servicio de las ciencias y del progreso tecnológico. Un ejemplo de la importancia de la educación racional, científica y tecnológica lo tenemos en una de las mejores obras surgidas en el siglo de las Luces, la Enciclopedia. En esa obra la exaltación de la educación racionalista llegó a su máxima expresión. Sin embargo, los excesos del racionalismo y la fe ciega en el progreso tecnológico fueron criticadas en el siglo XIX por nuevas corrientes pedagógicas de matriz rousoniana con autores como Fröbel, Pestalozzi, Montessori y en nuestro país Giner de los Ríos.

2) Perspectivas actuales para una educación racional: un aprendizaje de la verdad

El racionalismo de los siglos XVIII y XIX tuvo sus excesos al pretender absolutizar la razón y convertirla en un parámetro único de medida del progreso tecnocientífico y confundir todo avance en este campo con el progreso integral de los seres humanos. Sin embargo, hoy día la racionalidad en el campo educativo es un tema ineludible que no puede ser obviado nunca. Nos referimos a la búsqueda de la verdad y a cómo se educa al alumnado en esa aventura intelectual. En los tiempos actuales en los que la posverdad, la mentira y los bulos dominan el panorama mediático y en los que la Inteligencia Artificial parece invadirlo todo parece que el racionalismo no puede aportar ya nada a la teoría de la verdad. Y sin embargo, la búsqueda de la verdad y la educación racional en ese empeño no puede nunca abandonar a los seres humanos porque los seres humanos deseamos conocer y aspiramos a obtener conocimientos verdaderos. Pero ¿qué es la verdad?

Es evidente que definir la verdad con una sola frase es imposible puesto que las versiones en las que se presenta lo verdadero son múltiples y por tanto es un concepto analógico lleno de matices. La verdad formal de las matemáticas o de la lógica es muy diferente de la verdad empírica de las ciencias y de la verdad histórica; pero a pesar de la analogía de este concepto tiene que haber algo que vincule todas las formas de acercamiento entre el sujeto humano y el mundo que nos ayude a superar un idealismo ingenuo o un escepticismo absoluto. La relación de la conciencia con lo que nos rodea tiene en la racionalidad uno de sus ejes fundamentales porque los seres humanos somos animales dotados de razón y en palabras de Aristóteles dotados de “lógos” que es lo mismo que decir de razón o de lenguaje.

Precisamente la definición de la razón como lenguaje es la que ha permitido a nuestro modo de ver que la filosofía haya contribuido en le siglo XX al desarrollo de nuevas teorías acerca de la racionalidad y de la verdad. No vamos a dedicar mucho tiempo a analizar todos los desarrollos de la filosofía del lenguaje a lo largo del siglo XX y XXI ni los numerosos estudios del lenguaje animal en comparación el humano, pero baste solo constatar que hoy en día hablar de la verdad es ante todo analizar todos los ámbitos de la filosofía del lenguaje: la sintaxis, la semántica y la pragmática porque la verdad es siempre un modo de decir y enunciar lo verdadero frente a lo falso, lo auténtico frente a lo falsario y lo veraz frente a lo mendaz. Por eso en una época en que la comunicación lingüística se ha ampliado y diversificado tanto es ineludible que el aprendizaje de la verdad se replantee a fondo su significado.

3) Verdad, intersubjetividad y dialógica

La intersubjetividad es una línea de interpretación de la teoría de la verdad que tiene un sentido nuevo y su conexión con la razón dialógica es evidente. Durante muchos siglos la verdad teológica cristiana dominó el mundo académico occidental y las Universidades fueron sobre todo una sistematización de los saberes sometidos todos ellos a la Teología. La frase “Philosophia est ancilla theologiae” fue hasta el siglo XVIII la divisa de todas las Universidades europeas y todavía hoy hay quienes siguen defendiéndola. Sin embargo, la crítica racional de cualquier teoría de la verdad no puede ser compatible con una fe religiosa que todo lo deriva de una verdad absoluta. Aquella frase bíblica del Nuevo Testamento en la que alguien afirma “Yo soy el camino, la verdad y la vida” haría inútil cualquier debate acerca de la verdad obtenida por métodos únicamente racionales.

Ha sido el método fenomenológico de principios del siglo XX con Husserl y sus discípulos el que ha puesto de manifiesto que la conciencia individual es un movimiento intencional que se enfrenta los objetos y a lo sujetos y que no existe un yo solipsista que solamente piensa en sí mismo. Los seres humanos somos un sujeto de percepciones y de ideas, una conciencia corporal sumergida en un entorno de objetos y de sujetos que nos interpelan continuamente. El sujeto y los objetos que percibimos y que tenemos en la conciencia forman nuestro mundo. Y dejando a un lado el concepto de verdad formal propio de las matemáticas y de la lógica la noción de verdad como conocimiento del mundo tiene en la actualidad varias versiones. Vamos a detenernos brevemente en la epistemología de J.Habermas.

Las aportaciones de Habermas (1992) al concepto de comunicación lingüística y las conexiones que el conocimiento humano tiene con los intereses vitales de las personas nos ayudan a comprender el concepto de verdad como un consenso intersubjetivo y a situar la racionalidad en la comunicación dialógica. Según la epistemología de Habermas el concepto de verdad objetiva como una adecuación entre el sujeto y la realidad, entre el yo y el mundo es imposible de sostener. Y por eso retomando la pragmática lingüística, el concepto de “juegos del lenguaje” de Wittgenstein y otras teorías sociológicas Habermas reconstruye toda una teoría de la comunicación y de la verdad como acuerdo o consenso basado en reglas universales.

Esta teoría de la verdad basada en la razón dialógica le permite a Habermas confrontar y adaptar su teoría a los consensos de la comunidad científica que se generan tras largo procesos de investigación y también le lleva a concebir la democracia como espacio público de deliberación que enfrenta a los diferentes interlocutores con sus intereses distintos y aún opuestos. Esa razón dialógica tiene fundamentos que pretenden ser universales como la “situación ideal de habla” que sostiene que todos lo interlocutores en un diálogo previo a la toma de una decisión son capaces de generar un consenso basado en las argumentaciones y no en manipulaciones, coacciones o cualquier forma de dominación propia de las relaciones sociales en las que interactuamos con los demás. Esta “situación de habla” según Habermas es un presupuesto, una hipótesis que no está demostrada pero sin el cual no hay posibilidad de entender la verdad como razón dialógica. A este respecto sería muy apropiado decir como el Juan de Mairena de Antonio Machado, que “la verdad es la verdad, la diga Agamenón o su porquero”. La noción de verdad no debería depender de la posición social, económica o política del que habla sino de una buena argumentación capaz de imponerse por su lógica.

Y todo esto ¿cómo puede aplicarse a una educación racional del alumnado? ¿Cómo se ejerce la racionalidad dialógica en las aulas de Primaria y de Secundaria con niños y adolescentes?

La búsqueda de la verdad como consenso en el ámbito educativo tiene mucho que ver con el concepto de democracia deliberativa y con la visión que el profesorado tenga de las relaciones entre ciudadanía, sociedad y Estado. Hay un problema esencial para realizar un diálogo realmente democrático y deliberativo en el ámbito escolar entre el profesorado y el alumnado y es que existe una simetría de poder entre el docente y el discente, entre el profesorado y el alumnado. La institución educativa otorga una posición de poder al adulto frente al niño o adolescente y el diálogo puede verse distorsionado por una situación de habla injusta; es decir, que la argumentación se vea intervenida y afectada por elementos de dominación ajenos a la pretensión de verdad.

Para llevar a cabo la racionalidad dialógica y la búsqueda de consenso en las aulas nos parece que el aprendizaje cooperativo y el funcionamiento por grupos son los ejes esenciales para esa forma de aprendizaje de la verdad. No es proceso fácil ni rápido conseguir que un grupo de alumnos y alumnas sea capaz de lograr esa comunidad dialógica que vaya superando prejuicios, tópicos, falacias y sofismas en su ejercicio del diálogo. Se ha banalizado en demasía el concepto de debate y de diálogo hasta irlo convirtiendo en sinónimo de tertulia o charla de café y no es en absoluto lo mismo. La razón dialógica exige analizar a fondo lo que cada interlocutor dice, cómo lo dice, por qué lo dice y para quién lo dice. En el mundo comunicativo actual en el que las distorsiones de la palabra y de la imagen son enormes, conviene utilizar bien la filosofía del lenguaje en todas sus variantes y someter a la sintaxis, la semántica y la pragmática todos los enunciados del profesorado y del alumnado que se producen en las aulas y tratar de luchar por colocarnos en una comunidad de diálogo lo mejor posible.

La razón dialógica en la búsqueda de consensos está basada en lo mejor de la filosofía analítica del lenguaje y en una actitud ética de cooperación y de igualdad racional entre todos los humanos, pero no es una teoría ingenua sino que parte de la constatación de las desigualdades existentes en el aula y por eso intenta el logro de una deliberación libre entre todos y se empeña en la educación emancipadora de los niños y niñas como ciudadanos de sociedad democrática que tienen derechos y libertades en un Estado de Derecho. El aprendizaje de la verdad como resultado de una interacción dialógica está vinculado también a la educación de ciudadanos libres, responsables y solidarios y no es solamente un ejercicio de retórica superficial. Por eso educar en el diálogo, es educar en la construcción de ciudadanos libres, críticos y conscientes del pluralismo social y cultural; es educar también en la tolerancia democrática y en la paz.